

The image is a 3D rendered scene. In the foreground, a white cat with green eyes and black markings around its eyes is looking directly at the viewer. The cat is on a wooden floor. In the background, there are silhouettes of people in a room with a warm, orange glow, suggesting a sunset or sunrise. One person is holding a long object, possibly a rifle. Another person is sitting on the floor. The room has a patterned wall and a hanging lamp. The overall atmosphere is one of survival and hardship.

# Watson

HISTORIAS DE  
SUPERVIVENCIA

# WATSON: HISTORIAS DE SUPERVIVENCIA

Dibujo de Portada e Ilustraciones: Martín Rocha

Texto: Mauro Croche

® 2021, Creepypasta Ediciones

Todos los contenidos de este libro están sujetos a derechos de propiedad por las leyes de Derechos de Autor. En ningún caso se entenderá que se concede licencia alguna o se efectúa renuncia, transmisión, cesión total o parcial de dichos derechos ni se confiere ningún derecho, y en especial, de alteración, explotación, reproducción, distribución o comunicación pública sobre dichos contenido sin la previa autorización expresa de Creepypasta Ediciones o de los titulares correspondientes. El uso de texto e imágenes que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos, y cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Estas son historias de supervivencia. Como tales, son duras, tristes, y muchas veces cargadas de cinismo y amargura. ¿Qué esperaban? Mi vida cambió muy rápido e hice lo posible para adaptarme. Estuve a punto de morir varias veces y lo que ocurrió no es un canto a la alegría. Así que están avisados.

Estas historias ocurrieron durante los primeros días de la invasión zombie, antes conocer al perro Rex y al cachorro Ga-Tito. Fueron días muy confusos y duros... Tuve mucho miedo. También mucha hambre. Es por eso que hice tantas cosas de las cuales me avergüenzo... aunque no me arrepiento, porque de lo contrario ahora no estaría vivo.

La supervivencia no es agradable de ver ni contar. Puede tener un final feliz... pero el camino está sembrado de piedras y sangre.

Lo primero que recuerdo de la muerte de mi humano es que no creía que estuviera muerto. Pensé que podía levantarse en cualquier momento y seguir leyendo sus libros. Su olor había cambiado, sí, pero en el fondo no terminaba de creérmelo. Había sido todo tan rápido...

No reaccioné como se supone debe reaccionar alguien frente a un gran peligro. En ese sentido tuve mucha suerte. Los zombies humanos al parecer solo se interesaban por los humanos sanos. De lo contrario, ahora no estaría relatando esta historia.

Fue el hambre lo que me hizo reaccionar. Habían pasado tres o cuatro días. Apenas si había bebido algo de agua del depósito del baño. Las tripas comenzaron a rugirme. Mi humano seguía acostado sobre la alfombra del living. Su olor había empeorado... pero yo en el fondo seguía con la esperanza de verlo levantarse. Estaba aturdido. Esa es la única explicación posible.

Cuando se hizo evidente que no volvería a moverse ni a hablarme, salí de la casa a buscar comida. ¡Qué cambiado se veía todo! No había coches ni humanos. Un gran silencio había invadido la tierra. El olor a muerte que flotaba en el aire era terrible.

Mi estómago rugía de hambre. ¡Babeaba del hambre! ¿Alguna vez les pasó algo así? Estoy seguro de que no, porque los humanos, al igual que los gatos, en los últimos tiempos se acostumbraron a una vida fácil y llena de comida. Y estaba en eso, yendo de un lado a otro y tratando de conseguir aunque solo fuese una cucaracha para comer, cuando recordé la casa de la cachorra humana.

Vivía a unas pocas distancias de la casa de mi humano. A veces la cachorra me daba de comer. Yo estaba hambriento así que fui a probar suerte. ¿Qué podía perder?

Me llevé la sorpresa al llegar. La casa estaba destruida. El jardín deshecho, las ventanas rotas. Había rastros de sangre en la vereda. Pensé que nadie había sobrevivido ahí.

Me estaba por alejar cuando lo escuché. Un llanto. En el segundo piso. Trepé por un árbol y miré: ahí estaba la cachorra, llorando sobre una cama. Salté hacia la ventana y rasqué con mis patas; la cachorra se dio vuelta sobresaltada y al verme corrió a abrirme.

-¡Gatito! -dijo abrazándome (cosa que no me gusta pero lo permití por la situación)-. ¡Estoy tan sola, gatito! ¡Pensé que moriría acá arriba, totalmente sola!

Me pregunté por qué no bajaba, por qué no usaba las escaleras. Entonces por un ruido y un olor que vino desde abajo me di cuenta: había zombis en la planta baja. Seguro eran sus padres o sus hermanos. Ella había quedado encerrada en el primer piso y no podía salir.

-Son mis papás -dijo la cachorra al ver que me sobresaltaba por el ruido-. Ellos... ¡fueron mordidos por esas cosas! ¡Y ahora me quieren matar! Oh, gatito, tengo tanto miedo y tanta hambre...

No me gustaron esas palabras. Si tenía hambre, entonces no tenía comida. Y si no tenía comida, de nada me serviría.

Quise escapar por la ventana. Les dije que a veces soy cruel. Pero es la supervivencia, amigos. Pero la cachorra fue más rápida y me cerró la ventana.

-No me dejes. ¡Por favor no me dejes!

Estaba encerrado con ella. ¡Pésima idea había sido visitarla! Llegó la noche y yo me moría de hambre. La cachorra me acariciaba y lloraba. Nadie pasaba por la calle, estaban todos muertos o se habían marchado a otro lugar. Lo único bueno es que había agua en el depósito del baño. La luna pasó por encima de la casa y yo me dormí.

Me despertó un ruido abajo. Algo pasaba. Quise despertar a la cachorra pero dormía profundamente. Me acerqué a la puerta y olfateé. ¡Habían llegado más zombis! Y estaban subiendo las escaleras.

Regresé a la cama y con mis patas cacheteé a la cachorra hasta que por fin se despertó. Tenía la cara hinchada de tanto llorar, los ojos rojizos. Escuchó el ruido que se acercaba y entró en pánico.

-¡Tenemos que salir por la ventana! -quise decirle, pero claro, los humanos nunca entienden a los gatos, solo se entienden entre ellos. Tanta inteligencia para qué, por el amor de Bast.

Entonces me acerqué a la ventana y arañé el vidrio, maullé a la cachorra, la miré suplicante a los ojos. La cachorra por fin pareció entender y abrió la ventana. Yo salté hacia el árbol y luego la miré. ¡Salta tú también, niña idiota!, quise decirle.

La cachorra lloraba. Vi que la puerta de su dormitorio se abrió, los zombies habían llegado. Eran diez, doce. Vieron a la cachorra y parecieron ver un pedazo gigante de bistec. Abrieron sus bocas de una forma desmesurada y corrieron hacia ella.

¡Salta ahora, cachorra tonta!, le maullé.

Y la cachorra saltó.

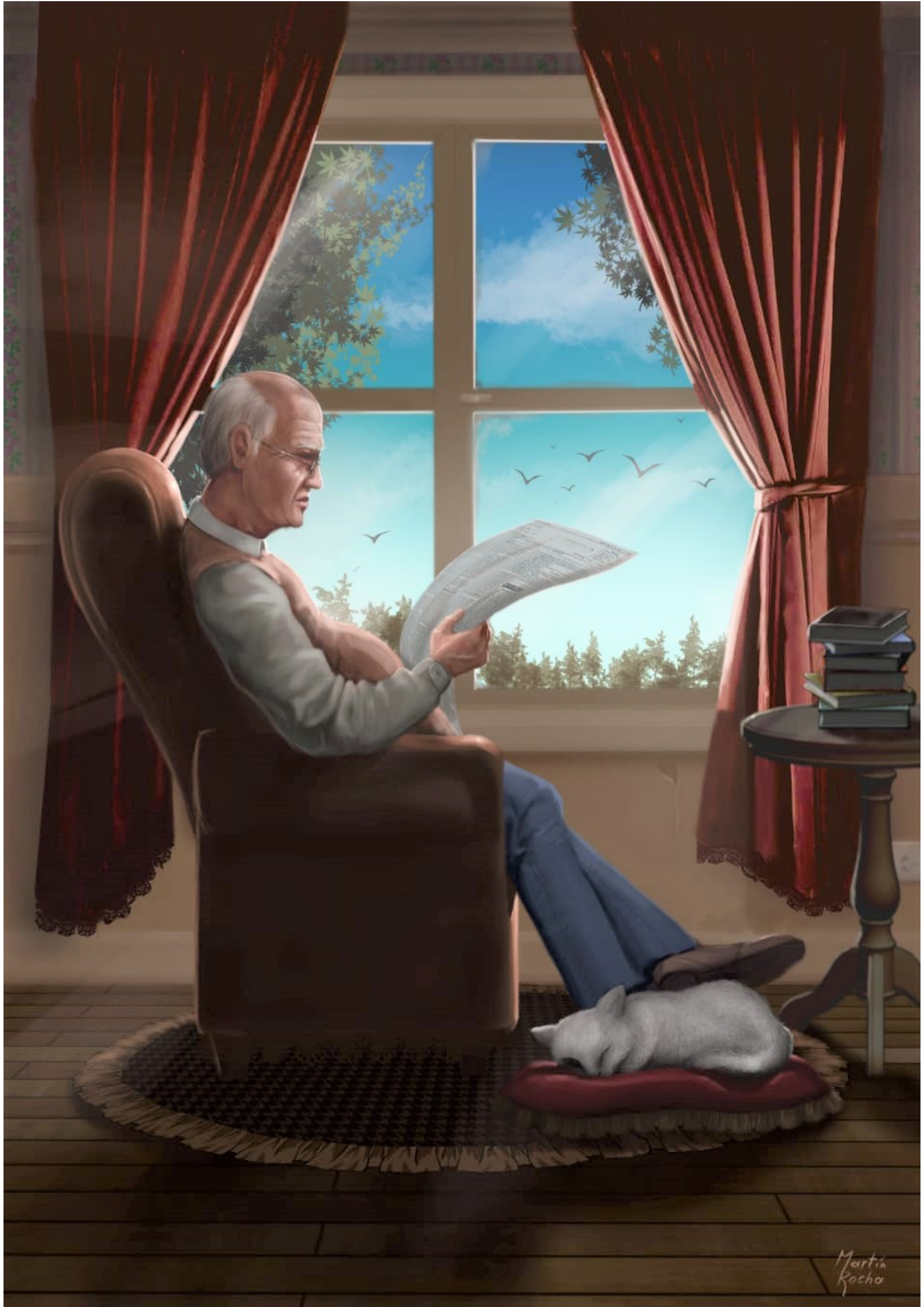
Solo que los humanos son torpes. Apenas llegó a una rama y trató de aferrarse a ella. Iba a caer de una altura de cuatro metros. Para nosotros eso es pan comido, pero sé que para los humanos es como caerse desde un edificio de veinte pisos. La cachorra intentó aferrarse con desesperación pero finalmente sus manos no aguantaron el peso. Cayó. De espaldas al césped. Escuché un ruido de huesos rotos.

Los zombies también se arrojaron por la ventana. Son incluso más idiotas que los humanos sanos. Casi todos se rompieron los huesos. Pero aun así se arrastraban. Había uno que tenía un agujero en su cabeza. Llegó a la cachorra a

la rastra y la mordió. La cachorra gritó y yo bajé corriendo del árbol y huí del lugar.

Les dije. Les dije que puedo ser cruel y egoísta. Pero, por otro lado, ¿qué podía hacer yo? Solo soy un maldito gato. Las cosas cambiaron un poco cuando conocí a Rex. Pero eso fue algunos días después. Rex sí hubiese dado su vida por la cachorra. Es por eso que lo respeto. Es por eso que sé que nunca voy a ser como él.





Martin  
Rocha

Tenía que comer. Comida enlatada, carne, ratas, insectos, lo que fuera.

No estoy orgulloso de lo que hice a continuación.

Regresé a mi casa y me comí el brazo de mi humano.

Había quedado en el suelo luego del enfrentamiento con los zombies. ¡Pobre mi viejo y querido humano! Había resistido lo posible. Pero el hambre ganaba y pudo más que la culpa.

Historia de una supervivencia gatuna.

No es agradable de escuchar, lo sé.

Comí hasta sentirme harto y me marché. Mis sensaciones oscilaban entre la ira y la tristeza. Hasta hacía unos pocos días atrás había dormitado a los pies de mi humano, mientras éste leía uno de sus libros favoritos. Ahora, acababa de comerle el brazo. ¡Las cosas pueden cambiar tan rápido! Es por eso que siempre hay que apreciar los momentos de paz y felicidad.

Me alejé y me alejé. Caminé por un día entero, comenzó a llover. No quería regresar. Tenía miedo de no resistir la tentación y seguir comiéndolo. Primero un brazo, después una pierna, luego la cara...

-¡Ey! -un maullido me sacó de mis lúgubres pensamientos. Era un gato angora gris, muy gordo. Estaba subido a un árbol. Era la primera vez que veía a un gato desde lo de los zombies. Hasta ese momento pensaba que yo era el único gato que había quedado vivo en el mundo.

-¿Qué quieres? -le dije no muy amable. Recuerden que soy gruñón y malhumorado.

-Hay comida aquí arriba.

No podía creer lo que escuchaba. Alcé la cabeza y vi un pedazo de conejo colgado de una rama. Pero... los gatos no compartimos la comida. A excepción de que nos encontremos muy satisfechos. Algo tramaba ese gato gordo.

-¿De dónde sacaste eso?

Me lo explicó. Él había encontrado una cueva; dentro había muchos cachorros de conejos. Los había matado y se los había llevado arriba del árbol para que nadie lo molestara.

-¿Y por qué me los ofreces?

-Quiero que subas y estés conmigo un rato. Me siento muy solo. Mis humanos están muertos y no hay nadie que me acaricie el pelaje.

-No voy a acariciarte el pelaje, si es que es lo que planeas. ¡Búscate a un humano!

-¿No es lo que buscamos todos? -dijo el gato y de repente empezó a maullar con tristeza, cosa que me puso nervioso-. Me encontré con perros, con gatos, todos buscando humanos. Pero al parecer no quedó ninguno vivo. O se fueron muy lejos y no podemos seguirlos. Por favor, ¡sube al árbol!

Terminé por hacerle caso. Comida es comida. El conejo estaba delicioso, mucho más que mi humano. Cuando terminé, miré al gato angora con desconfianza.

-Mi nombre es Jimmy. Pero puedes llamarme Jim. Así me decían mis humanos. ¿Cuál es el tuyo?

-Watson.

-¿Y cómo te decían tus humanos?

-Watson.

-Ok, Watson, ¿puedo pedirte un favor?

-Lo sabía. Nada es gratis en este mundo.

-Quiero que me digas que soy un buen gato.

-¿Qué?!

-Así era como me decían mis humanos. ¡Por favor!

-Está bien. Eres un buen gato, Jim.

-Ahora, dime que me quieres.

-¡Por el amor de Bast!

-¡Por favor! Así era como se despedían por las noches mis humanos de mí. Me decían que me querían y me daban un beso en la cabeza.

-No voy a darte ningún beso en la cabeza.

-¡Pero al menos dime que me quieres! Hace varios días no puedo dormir. ¡Ya no puedo más!

-Está bien -suspiré-. Te quiero, Jim.

-Dime que mañana todo volverá a ser como antes -sollozó Jim-. Que ya no habrá zombies y los humanos estarán bien. Que ya no tendré miedo. Que mis humanos me acariciarán y me dejarán dormir con ellos en la cama.

Se lo dije. Al rato, Jim dormía sobre un colchón de hojas. Parecía feliz, aunque una lágrima asomaba por la comisura de sus ojos.

Bajé del árbol y me alejé lo más rápido que pude. Era una noche cálida, la luna se reflejaba redonda en los charcos de la lluvia anterior.



Martin  
Rocha

Hambre. Miedo. Soledad. Esos eran los sentimientos que predominaban en mí. Las calles estaban destruidas. Un huracán parecía haber pasado por cada lugar que visitaba. Las tiendas de comida estaban vacías, se habían llevado todos los alimentos. Al tercer o cuarto día, empecé a pensar otra vez en mi humano. Quizás no era tarde para regresar. Aún podía aprovechar parte de su carne... si es que nadie lo había hecho antes.

Y estaba pensando en estas cosas terribles cuando me encontré con los humanos sanos.

Al principio, me alegré de verlos. Eran tres o cuatro y estaban en una playa pegada al río. Habían hecho una fogata; eran humanos jóvenes. Olían de una manera desagradable. Me acerqué maullando tímidamente. En ese momento un leño se partió con un crujido y ahogó mis maullidos. ¡Una suerte! Porque entonces los humanos no me escucharon y siguieron con lo suyo.

Pronto, me di cuenta de que estaban matando a un hombre. Eso me dejó paralizado aunque luego me apresuré a esconderme detrás de unos arbustos.

Los humanos jóvenes reían. Habían maniatado al hombre con unas cuerdas y le clavaban unos vidrios en el cuerpo. El humano viejo gritaba. Lo quemaron con unas brasas y luego se metieron en una camioneta roja.

Al rato, llegaron los zombies. Parecían atraídos por el olor de la sangre, o quizás por los gritos del humano viejo. Se abalanzaron sobre él y lo masticaron, lo comieron vivo, mientras el humano se retorció en sus ataduras y llamaba a su mamá. Finalmente quedó quieto. Los zombies lo

merodearon un rato más y luego se fueron. Ya no tenían interés en esa cosa inerte, al parecer solo querían a los vivos. Los humanos jóvenes, que habían observado todo desde la cabina de la camioneta, se bajaron del vehículo. Examinaron el cadáver y le sacaron fotos. Pese al viento pude escuchar sus palabras:

-Resistió menos que el otro.

-¿Por qué algunos se contagian y otros no?

-Tenemos que seguir probando...

Me alejé cuidando de no ser visto. Jamás había visto algo así. Sabía que los humanos podían ser crueles, pero, ¿tanto?

Cerca de un día después vi a otro humano. También era viejo y apenas podía moverse, cosa que me hizo preguntar cómo había sobrevivido. Andaba de un lado a otro con un carrito de supermercado. Los zombies debían andar lejos o de lo contrario ya lo habrían devorado. Pensé que podía ser mi nuevo humano así que comencé a seguirlo. No hizo ni dos cuadras cuando la camioneta roja apareció de nuevo. Quise alertarlo, quise decirle que se fuera, pero el viejo ni me escuchó. La camioneta aparcó con brusquedad y los humanos jóvenes se llevaron al viejo a la rastra. Los seguí por unas cuantas calles. Pensé que los había perdido y estaba por emprender el regreso cuando los vi otra vez en la playa.

Habían maniatado al viejo. Hicieron lo mismo que con el otro. El viejo gritaba. Los humanos jóvenes empezaron a hacer ruidos con unas ollas y cacerolas. Al rato los zombies aparecieron y se comieron al viejo.

Estaban locos. Esa era la única explicación. La imagen me generó pesadillas esa noche. No quería volver a ver a los humanos jóvenes de la camioneta roja.

Pero una cosa es desear y otra la realidad. Sí volví a verlos. A los tres o cuatro días. Para ese entonces yo había logrado cazar una paloma y al menos no moría de hambre. Vi la camioneta roja estacionada en un edificio. Dentro había una

humana joven que se besaba con otro humano. Faltaban los otros. Vi que la puerta del edificio estaba abierta y entré.

Los escuché arriba. No era buena idea mirar, pero saben ustedes que los gatos somos muy curiosos.

Los humanos estaban detrás de una puerta. Tenían cuchillos y cadenas. Percibí que del otro lado había un humano, también viejo debido a su olor.

Rodeé el lugar por la salida de incendios. Trepé hasta llegar a la ventana del viejo. Vi que estaba sentado frente a una mesa, comiendo unas galletas. Había algo en sus movimientos que me llamaba la atención, hasta que me di cuenta: el humano viejo era ciego.

Rasqué la ventana. El humano ciego alzó la cabeza y agarró su bastón. Yo quería advertirle, decirle que saliera de ese lugar, que alguien del otro lado de la puerta lo acechaba. Pero, de nuevo, no supe cómo. El ciego abrió la ventana y me acarició el lomo.

-Gatito, ¿cómo llegaste aquí?

Yo maullaba desesperado. ¡Al menos quería que ese humano se salvara! En ese momento derribaron la puerta.

Todo ocurrió muy rápido. Los humanos jóvenes entraron riendo y derribando los muebles. Eran tres, dos machos y una hembra. Le dijeron al viejo que se lo iban a llevar, que iba a estar en un lugar mejor. Uno de los humanos, el macho más alto, agarró al viejo por el cuello y dijo:

-Vamos, vejestorio, tenemos que...

No pudo terminar el diálogo. La sangre comenzó a salir por su boca. Retrocedió unos pasos y se miró el estómago. Había un agujero.

El ciego retiró su bastón. Entonces vi que tenía un cuchillo en la punta. Lo blandió delante de los otros, y la hembra corrió hacia el macho alto chillando:

-¡Santi! ¿Qué le hiciste, viejo de m...?

El otro macho se abalanzó sobre el viejo revoleando unas cadenas. El ciego se agachó y en el mismo movimiento le



rebanó el cuello con el cuchillo del bastón. El macho joven se tambaleó, puso los ojos en blanco y cayó hacia atrás.

La hembra intentó correr hacia la puerta. El ciego le arrojó su bastón y se le clavó en la espalda. Con lentitud y parsimonia lo recogió y lo limpió con su camisa. Ladeó la cabeza hacia el macho alto, que se aferraba su barriga perforada.

-Tienes más amigos, ¿verdad? Habla o te corto el cuello aquí mismo.

El macho alto, que estaba pálido y sudaba, dijo que sí varias veces con la cabeza.

-Entonces los voy a esperar -dijo el ciego. Alzó su bastón y lo clavó en el ojo del macho alto, que se derrumbó sobre el suelo como un edificio.

El ciego se sentó a la mesa y siguió comiendo su galleta. Yo no podía creer lo que veía, tampoco lo entendía. ¿Cómo era que había hecho esos movimientos, si era ciego y no podía ver? ¿Acaso tenía alguna especie de... sexto sentido o algo así?

El ciego alzó la cabeza y pareció sonreírme. Supe que era un humano bueno, pero ni loco podría vivir con él. Al rato, llegaron los otros humanos de la camioneta roja. Se quedaron observando atónitos la carnicería, y antes de que pudieran reaccionar el viejo los había liquidado. Cerró la puerta y regresó a terminar su galleta. Me ofreció lo que quedaba y luego se puso a limpiar la sangre en el suelo con un estropajo.

Comí el trozo de galleta y me marché. No quería estar cerca de ese lugar. El ciego me daba un poco de miedo. Nunca había visto a un humano viejo moverse de esa manera. Al menos los de la camioneta habían recibido su merecido.

Sentí que perdía las esperanzas de todo. De los humanos, del mundo, de mi propio destino.

No mucho tiempo después, me encontré con Rex y su bondad y simpleza que por momentos enervaba. Al principio

me molestó su presencia. Pero luego, tiempo más tarde, me di cuenta de que probablemente sin Rex yo hubiese muerto. De tristeza y de soledad. A veces no nos damos cuenta de lo mucho que estamos en el fondo, hasta que alguien asoma su cabeza por sobre el abismo y nos dice: "Hola". Eso fue lo que representó Rex para mí: una voz por encima de mi limpia oscuridad, que me decía: "Ey, gato, ven conmigo y compartamos nuestra infelicidad juntos".

Suena cursi, lo sé. Pero me sirvió para sobrevivir. En la supervivencia, vale todo: lo cruel, lo triste, lo vulgar. Solo importa si funciona. El resto son palabras.

Eso es todo por ahora. Les dije que estas son historias de supervivencia. Tengo más, muchas más. Quizás en algún otro momento le siga contando. Ahora, estoy cansado y quiero dormir. Mañana nos espera con Rex y Ga-Tito un largo viaje hacia un supuesto refugio de humanos...

Ah, me olvidaba. Tengo al menos un final feliz para ustedes. Aunque el mundo se esté cayendo a pedazos, no todo en la vida es maldad y odio. ¿Recuerdan al gato Jim? Lo vi hace unas semanas atrás. Estaba más gordo que nunca, ¡e iba caminando junto al humano ciego!

Ambos se habían encontrado y parecían muy contentos de tenerse el uno al otro. El ciego caminaba con su bastón (blanco y mortífero) por un bosque. Se habían instalado en una casita de madera rodeada de flores silvestres; Jim me vio y me saludó con un movimiento de cabeza. Al menos por esa noche, Jim dormiría en paz, soñando quizás con un mundo sin zombies ni peligros. ¿Los volveré a ver algún día?

Ahora sí, hasta pronto. Recuerden sobrevivir. Recuerden permanecer fieles a sus seres queridos, disfrutar de los escasos momentos de paz y felicidad, y nunca perder las esperanzas. ¡Que el amor de Bast los proteja! <sup>1</sup>

Atentamente:

El Gato Watson 

*Pueden seguir mi historia en:*

---

<sup>1</sup> Bast o Bastet es una antigua deidad egipcia, representada en forma de gato; Watson cree mucho en ella.

Instagram: [@gato\\_watson](#)

Facebook: [@elgato\\_watson](#)

Web: [www.maurocroche.com/watson](#)

